

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 30 de Enero de 1879.

LEPANTO.

En el palacio de Felipe II aparecido había un joven de pocos años, que apenas frisaba en los catorce, y los cortesanos se admiraban no poco al observar las deferencias que con él usaba aquel severo rey.

Y era que no estaban, según vulgar locucion, en el secreto: conocíanle solamente los que formaban el séquito que á Felipe acompañara al salir de cetrería en direccion del monte de Torozos.

La caza, que no se realizó, fué solamente un pretexto; el objeto de aquella expedicion, otro no fué sino el que á referir vamos.

Caminaba el rey en direccion del monte, cuando por la opuesta parte apareció el señor de Villagarcía, acompañado del joven á quien arriba aludimos, y seguido de sus criados, aderezados lujosamente y formando una pintoresca cabalgata.

El rey, al divisar á los que se acercaban, detuvo su corcel, y el señor de Villagarcía dijo al joven:

—Ea, pues, echad pié á tierra: aquel es el rey; acercaos, doblad la rodilla y besadle la mano.

Hízolo así el joven, y Felipe, abrazándole estrechamente le dijo:

—Don Juan, no dobleis la rodilla, que sois hijo de un grande varon. Carlos V, que en el cielo esté, fué vuestro padre y el mio.

Tal fué el reconocimiento del celérrimo D. Juan de Austria, como hermano del soberano de dos mundos, el cual hizo seguir la carrera eclesiástica al joven, destinándole á ceñir la mitra de Toledo.

D. Juan, empero, cuando á solas se hallaba, dejaba los teológicos libros y cogia á Jenofonte y á Julio César y Alejandro de Macedonia. Y cuando vió acercarse el momento de recibir las primeras órdenes sagradas, se fugó del palacio, y de él no se supo hasta que remaneció en Barcelona.

Aconsejaronle que regresase y pidiese perdón á su hermano, porque harto peligroso era, en verdad, el excitar su cólera. Aceptó el consejo y avínole bien, puesto que el rey perdonó lo que calificó de muchachada, y comprendiendo el carácter de su hermano, dejóle seguir en buen hora su manifiesta vocacion.

Y contaba apenas 20 años cuando aquel gran general por sí mismo formado, como su primo y compañero de infancia el príncipe de Parma, salió á hacer sus primeras armas, como jefe supremo del ejército, contra Aben-Humeya, caudillo de los re-

beldes moros de las Alpujarras, á quienes heroicamente venció.

No hablaremos por hoy de estos sucesos, pues que nada hay de comun entre ellos y el objeto que nos hemos propuesto. Baste la indicacion para conocer lo que debió esperarse de quien con tal notable triunfo comenzaba; y cierto, no defraudó las gratas esperanzas.

Tenía por entonces en jaque á la Europa cristiana el emperador de los otomanos, Selim II; nada resistía á la arrolladora avalancha que formaban sus numerosas huestes, y despues de haber puesto á Malta en aprieto y tomando á Chipre, siguió sus conquistas y extendió su incontrastable poder por las costas del Mediterráneo, con no pequeña alarma de la cristiandad toda.

Ocupaba á la sazón la silla de San Pedro Pio V, y coligándose con los venecianos, invitó á Felipe II á fin de que tambien tomase parte en la coalicion, como aquel rey sin vacilar hizo, tomando en el grave asunto la principal parte.

«Sagrada liga» llamaron á la union de España con Roma y con Venecia, poderosa union que lanzó contra Selim II tan respetables fuerzas, que doscientos cincuenta buques de guerra reunió en Messina, mientras cifra mucho mayor disponia el sucesor del temido Soliman, el ambicioso y cruel Selim.

Cuando ya en el puerto reunida la colosal armada estaba, todos esperaban con verdadero anhelo el saber quien sería el que dirigirla y mandarla debía.

No tuvieron, empero, largo tiempo que esperar; tan pronto como aquella improvisada poblacion surcó los mares, fué nombrado para gobernarla el héroe de las Alpujarras, D. Juan de Austria, bajo el dictado de generalísimo.

Antes, sin embargo, habia salido al mar la formidable armada de Selim, mandada por el temible Ali, despues de haberla reforzado con todos los corsarios, ó ladrones de mar, que el Africa inundaban.

De Constantinopla habíase dado á la vela, atravesó el Helesponto y el Archipiélago, extendiéndose imponente por la costa occidental de la Grecia, hasta tocar en el golfo de Lepanto, nombre que impercedero habia de ser muy en breve.

Y al mismo tiempo zarpaba de Messina y el mismo derrotero tomaba la gran armada que mandaba don Juan, formando una inmensa media luna con su vanguardia como descubierta y su retaguardia como reserva.

Corria el dia 7 de Octubre de 1571 era domingo, y como primero de los del mes, celebraba la Iglesia á Nuestra Señora del Rosario.

Al avistar al turco, D. Juan, con-

tra órdenes expresas de su hermano, que tanta prisa no queria, recibida que fué la bendicion que para él y su ejército mandara Pio V, encomendando la gran empresa á la Inmaculada Virgen Maria, cuyo dia era y de cuya señora mostróse siempre muy especial devoto, retó denodadamente á Ali, que casi duplicadas fuerzas marítimas tenia.

El combate fué prolongado, sangriento y de dudoso hado, hasta que comprendiendo el novel general que solamente un temerario arrojo podia equilibrar y poner en balanza la notable y perjudicial desigualdad de fuerzas, embistió con la capitana turca al terrible abordaje, cuyos horrores se comprenden harto mejor que se explican.

El almirante turco, el cruel Ali pereció peleando, y D. Juan recibió una herida de casco de metralla en un pié; los españoles arrojan la enseña musulmana y enarbolan el estandarte que, á la manera del labaró de Constantino, que nombre diara de Constantinopla á la antigua Bizancio, la Santa cruz ostentaba en su cima. Y despues de una prolongada y ruda lucha sostenida durante muchas horas, España hizo resonar el himno de victoria, aunque neutralizada su alegría por la pérdida de diez mil de sus generosos hijos.

Veinticinco mil perdieron entonces los agarenos, muertos, se entiendo, que diez mil prisioneros quedaron de más: ciento treinta buques fueron apresados, y todos los demás echados á pique.

Los soldados que abordaron la capitana turca, en donde guardaban el tesoro de la fabulosa y ya deshecha armada, tuvieron tan inaudito botin, que tocó cada uno á más de cinco mil piezas de oro; tanto que algunos mandáronse batir de tan precioso metal el espaldar y el peto, al que dieron pavon al marchar á Flandes, para no excitar la avaricia si prisioneros caian del enemigo.

No tuvo igual fortuna el gran Miguel de Cervantes, que peleó valerosamente mandando un peloton de soldados que á su cargo entregara su capitán Diego de Urbina. Instábase Cervantes, pero el capitán mandábase no pelear, pues enfermo se hallaba, hasta que el célebre autor del «Quijote» resueltamente le dijo: «Señaladme, os lo ruego, puesto en la pelea, que el soldado más bien parece muerto en la lucha, que enfermo, y resguardado so cubierta.» Y peleó en efecto, y abordó la capitana turca, y allí manco quedó, «en la más alta ocasion que vieron los pasados siglos, y verán los venideros.»

El inaudito poder marítimo de Selim II desapareció en aquel dia, y el nombre de D. Juan de Austria re-nombre impercedero justamente

adquirió; la oprimida Europa respiró alegremente, y desde allí hasta el fin de los siglos, el nombre de Lepanto, célebre desde entonces, infaliblemente recordará á D. Juan, como al del héroe don Juan, irá siempre unido el de LEPANTO.

MISCELANEA.

La gran parra. —En los jardines del palacio real de Hampton-Court, en Inglaterra, hay una parra plantada hace 109 años, de la variedad llamada Franquental, cuyas uvas son negras y gordas, que se extiende cien metros en su rama principal y tiene 75 centímetros de circunferencia en el tronco á un metro de altura. Da anualmente de 2.000 á 3.000 racimos que pesan de 750 á 800 kilos. Su fruto se destinaba antes á la mesa real; pero la reina Victoria prefiere la uva francesa del Ródano, y la de la parra de Hampton Court se destina á la venta. El año 1855 produjo treinta mil reales.

Un periódico militar publica esta estadística:

«En 1878 existian en el arma de infanteria:

Coroneles, 313; tenientes coroneles, 444; comandantes, 1.510; capitanes, 2.536; tenientes, 3.183; alféreces, 1.069; idem de menor edad, 8.

En el presente año: coroneles, 283; tenientes coroneles, 468; comandantes, 1.638; capitanes, 2.862; tenientes, 3.625; alféreces, 2.415; idem de menor edad, 8.

Resulta pues, que ha disminuido el número de coroneles en 30, y que han aumentado en 24 los tenientes coroneles, en 128 los comandantes, en 326 los capitanes, en 442 los tenientes, y en 355 los alféreces.»

Infanticidios en Francia. — Las siguientes cifras dan una idea de los ocurridos desde el año 1825 hasta el 1876:

De 1825 á 1830 102 [término medio anual.

1831 á 1848 115

1843 á 1850 148

1851 á 1860 198

1861 á 1869 262

1872 á 1876 212

Mad. Suderson, célebre andaluza de los Estados Unidos, que ha hecho una apuesta comprometiéndose á recorrer á pié en tiempo determinado un número inverosímil de millas, á las doce del 7 del actual continuaba andando, habiendo recorrido 2080 cuartos de milla en otro tantos cuartos de hora sucesivos.